



## Los Acapulco Kids

### Descripci3n

La primera vez que Jarocho me ofreci3 a una ni±a por 300 pesos le dije que sÅ, que a eso habÅa ido al ZÅcalo aquella noche. El tipo, que cuidaba autos frente al Malec3n, se ech3 la franela al hombro y sonri3 de tal manera que los dientes le brillaron en el oscuro rostro, reventado por el acn3. Luego, cuando se dispuso a traerla de un callej3n, dije que no, que mejor volverÅa mÅis tarde.

De una vez, brother, el yate llega a la una de la ma±ana y ahÅ vienen gringos ya rucos que se llevan a las mÅis morritas. Orita hasta te puedo conseguir una de nueve o diez a±os dijo con cara de tÅ me entiendes, no te cuento nada nuevo, y sentÅ tremendo retortij3n en el est3mago.

Regreso antes de esa hora, nada mÅis no vayas a fallar.

¿Qu3 pas3, brother? Los hombres sabemos hacer negocios. Y como me caÅste a toda madre, te la voy apalabrar pa' que te d3 un servicio ching3n. Åi tÅ te arreglas con ella si quieres cosas mÅis perversas.

Volvi despu3s de que el yate Aca Rey habÅa tocado tierra firme. Entonces supe que Jarocho solo era un mero cazador de clientes, que trabajaba para un proxeneta y que la ni±a que llevarÅa esa noche se llamaba Allison. Era adicta a la piedra esa droga barata que embrutece mÅis s y no pasaba de los 12 a±os.

Un dÅa Acapulco se cubri3 de verde y de cerdos salvajes que desafiaban los caminos de tierra. Las gargantas de los pescadores toltecas cantaban a los dioses, los bamb3es crepitaban con el viento y los mangos petacones engordaban. Mil a±os despu3s, los aztecas traerÅan la plaga hasta que HernÅn Cort3s y su gente la aplastaron con la gonorra y la virgen de La Soledad.

Luego de 500 a±os de ensangrentar destinos, llegaron los grandes edificios a la bahÅa y dividieron la ciudad en dos: la cara bonita y el patio trasero. AgustÅn Lara le cant3 a MarÅa F3lix, Pedro Infante compr3 casa y TintÅn am3 al puerto por siempre.

Entonces cay3 el nuevo milenio y bajo el brazo trajo un racimo de ped3filos estadounidenses y canadienses que se hartaron de que en Canc3n los se±alaran. Ellos fueron los que corrieron la voz

y, al poco tiempo, Acapulco se transformó en el paraíso de la carne más joven. Desde entonces, los pederastas acarrearón consigo padrotes intocables, madrotas disfrazadas de mujeres abnegadas, nuevas estadísticas del VIH, tendejones para emborrachar a las niñas, revólveres, pobreza de la que unos se enriquecen, vientres abiertos, noches para velar a los chicos, home pages para ver el mapa y saber dónde encontrar niños, hoteleros y taxistas para el trabajo sucio. Rencor y noches y días de ajeteo.

Han traído hordas de niños al Malecón, al Zócalo, al canal que lleva las aguas negras a Hornos, al Oxxo que está rumbo a Telecable, a la Soriana de la Costera, a las canchas de la CROM, al asta bandera, a Caleta y Caletilla, a la barda del restaurante Condesa, a la vuelta del salón de belleza Xóchitl, a la calle La Paz, al hotel Real Hacienda, al puente de la Vía Rápida, al semáforo de Aurrerá, a La Redonda que todos conocen como Las piedras de la Condesa, a la playa que Cortés bautizó como Puerto Marqués, y a los puteros del centro. Y es por ello que la Unicef reporta a Acapulco como la ciudad mexicana número uno en lo que a prostitución infantil se refiere. Ha desbancado a Cancún y a Tijuana.

En estos mil 882 kilómetros cuadrados se concentra casi todo lo que necesita un pederasta: playas increíbles, droga barata y en cantidades pasmosas, ojos que nunca ven y bocas que nunca hablan, hoteles 50% off, un bando municipal que estipula que en Acapulco no se multa a los turistas, prostíbulos donde la mayoría de edad se alcanza desde chicos, padres que piensan que los hijos son moneda de cambio, y niños, muchos niños, que por un bote de PVC o un poco de marihuana están dispuestos a encarar la vida y despistar la muerte con sus cuerpos.

En las callejuelas del centro, esas que suben dolorosamente hacia el cielo, está el bar Venus. Es una construcción vieja de dos pisos, pintada de mala gana. Es de un naranja parecido con el que Van Gogh pintó el melancólico cuadro The Old Tower in the Fields. La desvencijada puerta es azul, como si quien la cruzara fuera directo al paraíso. Pero no: adentro, los ventiladores giran sin énfasis, hay mesitas de lámina extenuada y los clientes son una bola de infelices a los que solo les queda emborracharse para combatir el calor y la tristeza. Quizá lo más deprimente sea la pista donde bailan las mujeres de vientres poderosos: es una enorme ostra de concreto que arroja luces rojas y verdes. Todo aquello parece sacado de las películas o de los cómics de Alejandro Jodorowsky.

Mãa bailaba en el tubo como una boa adormecida mientras de la rocola salía la voz de Noelia con eso de "¿tú, mi locura, tú, me atas a tu cuerpo, no me dejas ir?". Mãa, que en realidad se llamaba Ariadna, había cumplido los 14 años el 3 de septiembre pasado y estaba orgullosa de su edad porque eso le ayudaba a que los clientes se pelearan por ella. Intentó sentarse en mis piernas y la mandé a la silla.

"¿Qué, eres joto?" preguntó con un hablar pastoso. Ya estaba algo ebria.  
"No, pero tienes la edad de mi sobrina" y Mãa miró como si me hubiera vuelto loco. Luego, ordenó una cerveza mientras enumeró sus reglas:

"Me tienes que dar 40 pesos por estar aquí contigo; con eso ya pagas mi cerveza. Si quieres algo más, allá atrás hay cuartos. Cuestan 100 pesos y yo te cobro 200. Si quieres que te la chupe, son 100 más."

"A mí solo me gusta platicar, soy reportero."

---

â??Bueno, dame los 40 y platicamos.

Al sacar el dinero la mirÃ© bien: los ojos, de negro intenso, casi se perdÃan en la cara; estaba maquillada como los muertos, tenÃa papada, los pechos apenas le estaban creciendo y su cuerpo rechoncho era de un irreparable color cobrizo.

PaguÃ©. Entonces MÃa me contÃ³ que ese nombre se lo puso ahÃ un viejo, amigo de la patrona. A ella se le hacÃa muy estÃpido, pero debÃa aguantarse. â??Yo hubiera escogido un nombre como Esmeralda o algo asÃâ?. Era de Tierra Caliente, pero habÃa llegado a Acapulco hace cosa de medio aÃ±o para trabajar en un Oxxo, pero cuando le dijeron que en el Venus podÃa ganar 800 pesos al dÃa, mandÃ³ al diablo la idea de ser una cajera vestida con uniforme rojo con amarillo.

â??AhÃ en el Oxxo iba a ganar como 50 pesos y a mÃ me gusta comprarme ropaâ?. Su mamÃ; no sabe a quÃ se dedica y, si lo supiera, no le preocupa: â??Porque yo la mantengo a ella, a mi abuelita y a dos sobrinos; como mi papÃ; se fue a California y nunca regresÃ³, necesitamos el dineroâ?.

Prostituirse no le quita el sueÃ±o. â??En mi pueblo venden a las mujeres desde chiquillas, con eso pagan la tele que compran o las cervezas que no pagaronâ?. TambiÃn dijo que le gustarÃa probar las drogas y que un dÃa quiere ser actriz de telenovelas. No hablÃ³ mÃ;s porque un gordo, al que le faltaban varios dientes y andaba todo andrajoso, la llamÃ³ con la mano en la cartera para que se sentara con Ã©l. Se bebieron una caguama como si ambos desfallecieran de sed. Luego, cuando en la ostra gigante bailaba una mujer que parecÃa haber ido con un carnicero a que le hiciese la cesÃjrea, el tipo se llevÃ³ a MÃa. Fueron a los cuartos.

## **â??MaÃ±ana tendrÃ© dos chicos; acÃ; nos vemos y te paso a uno.**

Andrew tendrÃ; unos 60 aÃ±os y sus tres hijos ya le han dado cuatro nietos. Su segunda esposa, segÃn contÃ³, es 10 aÃ±os menor que Ã©l y jura quererla igual que el dÃa en que se conocieron. Puede que sea cierto. Andrew tiene cabello blanco, su piel estÃ; lo bastante bronceada como para parecer un trozo de marlÃn ahumado, y sus ojos son de un gris encendido. Su espaÃ±ol es mordisqueado, pero da para platicar.

Supuestamente vive en Boston y trabajÃ³ en un pub donde los hombres le confiaron nostalgias y proezas de machos. Yo hice eso para acercarme a Ã©l mientras comÃamos un cÃctel de camarones en la playa Caleta. Andrew fue el Ãnico gringo que creyÃ³ que los niÃ±os tambiÃn eran mi debilidad. Los otros con los que intentÃ© conversar fueron displicentes y no sirvieron de mucho.

Desde hace unos cinco aÃ±os, cuando Jean Succar Kuri calentÃ³ CancÃn, Andrew entrÃ³ a las pÃginas de los pedÃfilos en internet y supo a dÃnde emigrar: Acapulco. Y, sobre todo, a la playa Caleta.

â??Me dijeron que en Caleta uno consigue niÃ±os, pero no sÃ© cÃmo â??le soltÃ© cuando Andrew combinaba los camarones con una Coca Cola de dieta.

â??Es fÃcil â??dijo con el tono de quien no mienteâ??. Hay que tratar con aquellas mujeres â??y seÃ±alÃ³ a las indÃgenas que aquella maÃ±ana vendÃan artesanÃas mal hechas y otras baratijas.

---

¿Y qué les tengo que decir? pregunté a Andrew y él me miró como quien le tiene lástima a un pordiosero.

¿Cómprales algo de lo que venden o dales para que vayan a comer; el chico ya va en el precio.

Como el desayuno?

Sí, como la barra libre.

Para ser honestos, no supe si hablar más o propinarle ahí mismo un puñetazo. Nos quedamos callados porque no se nos ocurrió otra cosa y miramos el mar y sus virutas. Por ahí pasó un par de viajeros con mochilas al hombro, un tipo que vendía raspados, una costurera que hacía trencitas, un viejo que alquilaba cámaras de llanta para usarlas como flotadores, un par de pescadores que mostraban mojarras de 10 kilos, un matrimonio con su hijo en brazos, y unos niños que, como si fuesen cachorros, se revolcaban en las olas. A ellos, Andrew los escudriñó como hacen los críticos de arte.

No les digas a las mujeres que eres mexicano, mejor hablas en inglés? Andrew rellenó el silencio.

No me lo creían. Creo que ya me jodí.

¿Mañana tendré dos chicos; así nos vemos y te paso a uno. Son tan inocentes?

¿Y hoy no se puede?

No, anoche fue de locos? dijo y ordenó media docena de ostiones con unas gotas de salsa Tabasco.

Cuando me despedí para no verlo nunca más, fui con algunas indígenas y, aunque hablaron en su lengua, entendí que me fuera al carajo. Con la misma importancia me trató el salvavidas de la playa. Usó una lógica absurda y cínica para responder por qué no hace nada contra tipos como Andrew: ¿Yo nomás cuido que nadie se ahogue?•

En el DIF municipal, Rosa Muller, una mujer con un corazón enorme, había contado que las indígenas tienen el hábito de vender a sus hijos a los extranjeros. A mexicanos no. Quién sabe por qué. Otro dato: Adriana Gándara, funcionaria del Centro de Atención a Víctimas de Delito de la PGR, ha dicho que al menos la mitad de los más de dos mil niños que se prostituyen en Acapulco son indígenas.

Agenda Amarilla del Novedades, El diario de la familia guerrerense. Viernes 21 de noviembre. Dos anuncios:

¡Chavita de secundaria!! Tiernita, Bebida hermosa y sexy. ¿Qué esperas?

Chiquilla bonita. Soy estudiante de secundaria. Delgadita. Bustona. Líame.

Llamé de un teléfono público. En el primer anuncio contestó un tipo que sabía su negocio. No recuerdo el nombre de la niña que ofrecía, pero la describió con tal labia que no dejaba resquicio

---

alguno para creer que no existÃa cintura mÃs delgada ni trasero mÃs redondo y levantado que el de ella.

â??Me hablas de una mujer de calendario, compa. Â¿EstÃs seguro de que va en la secundaria?

â??Te lo juro por Dios, carnal. La chamaca estÃ garantizada, por eso te la estoy dejando en mil 500 pesos. Ira: ella va a tu hotel y despuÃs de dos horas me la regresas.

â??Deja hospedarme y te llamo otra vez.

â??PÃsame tu celular.

Le di un nÃmero viejo que dejÃ de usar.

En el segundo clasificado XXX respondiÃ una mujer con voz de niÃa. Suponiendo que sÃ era una estudiante de secundaria, dijo llamarse LuÃ, se jactÃ de tener experiencia y reiterÃ que estaba dispuesta casi a todo. Cobraba dos mil pesos y quinientos mÃs por tener sexo anal. Nada de fotos, nada de video.

â??Estoy hospedado en el Mayan Palace â??mentÃ?. Â¿Y si no te dejan entrar?

â??Ya he ido ahÃ. No te preocupes, me gusta su alberca, estÃ bien grandota.

â??Pues deja pensarlo y te busco.

â??AnÃmate ya, mÃs tarde voy a estar ocupada.

â??Â¿Y no te da miedo que sea un asesino o algo asÃ? No me conoces.

â??TÃ tampoco.

â??Â¿Y si te dijera que soy reportero y ando contando historias de niÃas como tÃ?

ColgÃ.

TÃ ponle ahÃ que me llamo Manuel. Tengo 16 aÃos, pero me prostituyo desde hace 10, cuando me salÃ de la casa porque mi mamÃ nomÃs querÃa a mi padrastro, un viejo cabrÃn que sabe que si se mete conmigo mi banda de Ecatepec le pone en su madre. He andado por el DF, Hidalgo, Puebla, Veracruz, Cuernavaca y Chilpancingo. AquÃ, a Acapulco, ya tiene que lleguÃ como desde 2004. Y estÃ chido.

[Estamos en el albergue del DIF municipal llamado Plutarca Maganda de GÃmez, una religiosa a la que nadie recuerda. AquÃ llegan los niÃos prostitutos que la directora del lugar, Rosa Muller, busca en las calles de Acapulco para darles comida, ropa, dejarlos que se duchen y, si quieren, vivir hasta que cumplan los 18. NingÃn chico es obligado a quedarse. Manuel es uno de esos niÃos que entra y sale del albergue dependiendo de las ganas que tenga de drogarse. Para comprar piedra y marihuana, con lo que le fascina dinamitarse el cerebro, sabe que debe cumplir con el cÃrculo vicioso de escapar, prostituirse, comprar su cÃctel letal y ropa nueva que le ayuda a alardear entre la banda de que Ãl ha triunfado; luego vuelve al albergue. Cuando estÃ afuera, gana unos 6 mil pesos a la semana. A

---

¿Se le hace una fortuna.]

En esto siempre hay clientes. La mayoría son viejos, pero hay de todo: gabachos, de Canadá, franceses y mucho mexicano. No es cierto que nomás los turistas de otros países nos busquen. Hay batos más dados. Checa: está el payaso del Zócalo, el Chapatán; ese nomás quiere que uno le dé y nos regala drogas. Está el del Tsuru gris; es de Cuernavaca, le cae una vez al mes y levanta a dos o tres; paga bien. Está otro cabrón de la taquería Los Tarascos. Está un gey del hotel Real Hacienda que nos deja dormir y él tiene mucha piedra y PVC. Otro gey es uno que anda en una moto rojo; también es padrote. La que también le entra duro es una doña que luego vende burbujas de jabón en el centro; a ella le gustan las niñas y es madrota de mayates. Y está Fátima, una gringa ya seora que vive por el Fiesta Inn.

[Manuel no tendrá por qué mentir, así que es mejor seguir escuchándolo.]

El precio que manejamos casi todos es de 200 pesos, más 100 por quedarnos a dormir. Los gabachos y las gabachas dan más: 400. Y lo chido también de ellos es que te llevan al parque Papagayo, a Recópolis o se hospedan en hoteles bien chingones. Yo he ido al Avalón, al Hyatt, al Presidente, al Emporio y al Princess. Son muy bonitos. Pero no creas que me apantallan los gabachos. Sólo inglés. Bueno, me defiende. Sólo decir cómo me llamo, mi teléfono, de dónde soy y todas las groserías. Así conquistó a una gringa. Tenía como 50 años. Es la gabacha más vieja con la que he estado. ¿La más chica? Una de 30, cuando yo tenía como ocho años.

[Manuel trae el cabello teñido de las puntas. Es un chico pura fibra con una mirada zigzagueante. Presume sus jeans Fubu o algo así, como si fuesen unos Versace. Lleva dos días sin drogarse.]

Eso es lo que no puedo dejar: las drogas. Los chochos no me gustan porque me amensan. Los hongos me ponen tonto y la coca me quita el sueño. Por eso prefiero la mariguana y la piedra. Unos se paniquean con la piedra, creen que los andan siguiendo, se les entume el cuerpo; a mí no. Ni siquiera me ha dejado loco. Ah, porque la piedra es cabrona. Muchos de la banda se han quedadoidos, bien babosos. Con esos ya ni puedes platicar. Ni les entiendes lo que dicen. Pero te decía, con la mota y la piedra la hago. A veces también al PVC, pero poco porque se me mete el diablo. A ese le hago porque la lata cuesta 50 pesos y a mí, el de la ferretería, me lo da a 35. Es que hay noches que me quedo con él y me lo da más barato.

[Mientras habla, Manuel bosteza y parpadea como si lo hubieran sacado a patadas del sueño. Se despertó hace cosa de media hora. Por ahí de la una de la tarde.]

¿Qué más te puedo decir? Pues que aquí me ha tocado ver muchas muertes. A un joto con el que me juntaba lo treparon a un carro y lo apuñalaron. No sé si eran sus clientes, pero yo vi caer al bato. Otro se murió de cáncer y una morrita de sobredosis. Ángel, el gordo, murió de sida. Yo hasta eso soy negativo. Aquí en el albergue nos hacen la prueba a cada rato. No le tengo miedo al sida. Soy un cabrón con suerte.

Allan García, uno de los editores de La Jornada Guerrero, tiene una memoria implacable para los datos duros y escalofriantes:

\* Hay paquetes exclusivos para pederastas que incluyen hotel y niña. Costos: de 200 a 2 mil dólares, según el grado de pubertad. El chico solo recibe 20 dólares.

---

\* Desde los cinco años se prostituyen. A los 18 ya no sirven.

\* Los que controlan la prostitución infantil en Acapulco son, sobre todo, tailandeses.

\* Después del turismo y la venta de droga, la prostitución infantil es la actividad que deja más ingresos en Acapulco.

Allan recuerda bien esas cifras porque hace menos de un mes, durante la semana que el DIF Acapulco organizó para hablar del tema, los funcionarios locales de la PGR abrieron sus bases de datos.

En esas reuniones también se contó la historia del autobús con un azteca grabado en el parabrisas. Circula por todos lados, menos en su ruta. No levanta pasaje. Suben niñas que se van con hombres decrépitos cada vez que el camión se detiene. De hecho, a la hora de lavar el autobús, en el río El Camarón, las chicas se pelean por hacer la limpieza porque el chofer no paga con dinero. Paga con droga y clientela que gasta a puño suelto.

Eric Miralón, un acapulqueño que sirvió de guía al reportero, sugirió que buscáramos a Nayeli en el Malecón. La conocía porque apenas este año le había tomado algunas fotografías durante la realización de un documental. Por lo que le escuché decir, la chavita no pasaba de los 16 años, a los 13 fue mamá y su padrote le pegaba para imponer respeto. Parecía un gran personaje.

La segunda noche en que la buscamos, otro niño de la calle llamado Chucho nos dijo con su lengua drogada que a Nayeli la habían asesinado de 25 puñaladas. Ya no dijo más porque el PVC lo traía hecho un zombi.

Un día después, Rosa Muller, la directora del albergue del DIF municipal, contó la historia de una Nayeli que resultó ser la misma que Eric conocía.

Y esto es lo que viene en la libreta de apuntes: Nayeli era una costera que desde que nació fue linda. Antes de cumplir los siete años ya era parte del catálogo que un padrote mostraba a los clientes. A los 13, el proxeneta la hizo madre y le quitó el bebé porque le dijo que una adicta como ella lo terminaría matando. Nayeli se la pasó en las calles hasta que un chico de la banda se enamoró de ella y juntos lograron rentar un cuartucho allí por las fábricas. A principios de mayo pasado, salió drogada de su casa y se la tragó la tierra. Los reporteros de la nota roja la encontraron tirada en las calles, con 25 puñaladas. También la degollaron. Muller se enteró del asesinato por las páginas de El Sol de Acapulco, el diario que contabiliza a los muertos.

Lo que las autoridades llegaron a saber es que, por unos cuantos pesos, Nayeli delató un quemadero (lugar donde se consume droga). Y los traficantes no perdonan esas cosas. Cuando el DIF quiso recoger el cadáver en el forense para entregárselo a la familia, ya había desaparecido. Nadie quiso saber más del asunto. Muy pocos le lloraron.

Esa mañana la radio dijo que Acapulco estaría fresco, a no más de 33 grados. A Samy, sin embargo, el sol le caía como un piano en la cabeza: traía una tremenda resaca. Lo conocía en la playa Condesa porque un pescador con un ojo de vidrio llegó a ofrecer de todo: ostiones, el paseo en el paracaídas, hasta que aterrizó en el asunto de la mariguana y los niños.

---

¿Conozco a los jotos de Las Piedras, le puedo decir a uno que venga acá contigo o, si quieres, te lo puedes coger ahí mismo, no hay pedo. Todo mundo lo hace ahí.

Samy traía un pantaloncillo rojo, la playera en el hombro y una sed endemoniada. Le dije que era reportero desde el arranque. Quién sabe si pudieron más las ganas de beberse una Yoli, pero se quedó un rato.

Primero dijo que nada más había ido a Las Piedras porque le urgía dinero. Pero ya en el tren de confesiones, presumí que su mejor experiencia fue con una pareja de cubanos, hace un año: mientras él recorría el cuerpo de la mujer, el hombre lo grabó. Le dieron 100 dólares y con eso se fue a nadar al parque de diversiones Cici, comió en una taquería del centro, se compró dos camisetas y lo demás se lo inhaló. Dejé en claro que no era homosexual: «Yo no doy y tengo novia», remarqué con la pose del Valiente de la lotería.

¿Y usas preservativos? ¿Te cuidas?

No me quedan.

Se fue hundiendo sus pies en la arena. No lo he mencionado, pero Samy tiene nueve años.

Si Rosa Muller se lo propusiera, probablemente sería capaz de contar un millar de historias. Por ella me enteré cómo Yahaira, una niña de Pachuca, llegó un día hasta la casa de Muller con un pastel de cumpleaños, una pierna gangrenada, una tuberculosis invencible y un VIH que le arrojaba dardos a las últimas defensas de su organismo. Murió hace un par de meses.

Otra historia que le duele a Muller es la de Oliver, de 12 años. Hasta hace unas semanas, además de prostituirse, se dedicaba a vender drogas. Se le hizo fácil consumir y no pagar al dueño del negocio. Para que escarmentara, para que entendiera que eso no se hace, lo amarraron con cinta canela a un árbol. En 15 días, solo le dieron agua, sopa de pasta y un centenar de golpes. Así llegó al albergue. A los médicos les llevó varios días salvarle las manos y a él cinco minutos volverse a escapar. Muller, que sabe por qué dice las cosas, jura que a estas alturas Oliver debe estar muerto.

La historia más atractiva, sin embargo, es la de la propia Muller. Es decir, la de Mamá Rosy, como todos los chicos la llaman.

Resulta que su hijo, hoy de 13 años, solía ir a un internet ubicado atrás del hotel Oviedo, en pleno centro de Acapulco. Iba ahí porque le prestaban el play station solo por dejarse tomar fotografías. Además, como el dueño del lugar le decía que en la casa de Mamá Rosy había fantasmas, al chico no le interesaba volver a su habitación si su madre no se encontraba.

Un día, a Mamá Rosy le llamó la atención que, súbitamente, su hijo fuese huraño, sudara por las noches y hablara de espíritus malignos a los que nadie podía derrotar. La curiosidad la llevó a indagar y a saber que en el café internet siempre había muchos extranjeros que a simple vista no resultaban nada confiables. Con el tiempo, contactó a la policía cibernética de la PFP y en pocas semanas se descubrió que aquel internet era el centro de operaciones de una banda de pederastas.

---

En abril de 2003, las autoridades arrestaron a 18 pedófilos, 12 de ellos extranjeros, y rescataron a 10 niños. Entre los detenidos iba Enrique Meza Montaño, hijo del entonces regidor por Convergencia, Oscar Meza Celis. Enrique fue el único que obtuvo su libertad a las pocas horas. No importa que él, de 29 años, fuese el dueño del internet llamado Ikernel ni que fuese arrestado cuando estaba en compañía de dos menores.

A los otros, la PFP los presentó como parte de una banda que operaba en Europa, Estados Unidos, Canadá y México, además de vincularlos con dos artistas de la pedofilia: Robert Decker y Timothy Julian, ambos sentenciados en cárceles californianas. La edad promedio de los detenidos era de 65 años. Un par de ellos tenía VIH y se suicidó después en las mazmorras acapulqueñas.

Ese hecho marcó a Mamá Rosy y fundó una ONG para proteger a los niños. De la gasolinera de su familia sacó los recursos y los chicos la fueron queriendo.

Pronto su nombre empezó a circular en el puerto y en 2005, cuando llegó Félix Salgado Macedonio a la alcaldía, éste la nombró directora del albergue Plutarca.

El próximo 31 de diciembre terminan los tres años de Mamá Rosy. Los chicos están tristes, dicen que volverán a las calles porque nadie los ha cuidado como ella. Muller, de ascendencia alemana, tiene pensado rentar una casona vieja para llevarse a los niños. ¿Ya veré cómo le hago, pero no quiero dejarlos, son presa fácil, dice mientras se acomoda sus anteojos para la miopía. Lo que sí es un hecho es que su hijo poco a poco ha ido saliendo. Ya no ve fantasmas.

PD: El pasado miércoles 26 de noviembre, la estadounidense Patricia Kathryn O'Donovan denunció que el neozelandés Murray Wilfred Burney, también conocido como Mario Burney, estaba reclutando a menores de edad para reorganizar la red de pederastas que Meza Montaño y otros dejaron a la deriva.

Yo era de esas que andaba vendiendo droga. El buenero (narco) hasta me dio una pistola para defenderme. Era una 22, bien perrona. Le entré porque a mí no me gustó eso de acostarme con los gringos. Bueno, lo que pasa es que un día uno me pegó y ya no quise. De ahí les tiré la onda a las mujeres, pero hubo una, creo que era de Italia porque hablaba bien chistoso, que se puso bien loca en el cuarto, como que quería matarme. Era flaquita y yo, ya ves, pues estoy llenita, así que le puse unos madrazos y me fui. Por eso me metí de dealer. Bueno, me metieron.

¿Cómo te explico? Aquí hay mucho buenero que nos agarra para vender porque a nosotros no nos meten a la cárcel, nomás nos quitan la droga y nos dan unos zapes. Y le entras porque le entras. Si no quieres, te pegan. Dicen que a uno hasta lo mataron. Ya luego me harté y mejor me vine acá, al albergue. No sé qué haré ahora que Mamá Rosy se vaya. El buenero ha de estar bien enojado porque dejó la chamba. Eso es todo lo que te puedo contar. Tengo una vida aburrida.

[Silvia, se llama Silvia. Para tener su edad, 14 años, es lo bastante fuerte como para destrozar un piso entero en un arrebató. Le gustó tener una muñeca.]

Yo soy Norma. Crecí en Tepito, ahí en la calle de Jesús Carranza. Me fui de ahí porque mi mamá se murió. Tenía sida. Yo digo que mi papá la contagió; siempre fue muy mujeriego, pero quién sabe, mi mamá también tuvo sus novios y cuando andaba drogada no se fijaba.

---

[Otra vez en el albergue Plutarca. Otra historia. Otra niña invisible. Otro cigarro para aguantar.]

De lo otro, de cómo empecé a prostituirme, no me gusta hablar. Me da como ansiedad. Pero ya estoy aquí, ya aquí. Me voy a abrir. Mamá Rosy nos ha dicho que lo hablemos, que eso que trae uno es como una piedra en el zapato o como un anillo que se nos atoró en el dedo y hay que aflojarlo. A ver, ah te va.

[A Norma, de 16 años, le han estado sudando las manos desde que sentí. Por eso se la ha pasado secándolas sobre el short de basquetbolista que viste. Trae el cabello mal cortado, como si alguien le hubiese mordido la cabeza. Huele a jabón barato. Hace bombas con el chicle y tiene una sonrisa exacta.]

Tendré que empezar a contar que a los seis años me violó un primo. Luego, como a los ocho, me violó un tío, hermano de mi papá. Ya tenía como 11 años cuando mi papá llegó drogado y quiso hacerme. Solo Dios sabe por qué no pudo. Si me lo hubiera hecho, seguro yo también tuviera sida. Desde ahí ya no me gustaron los hombres. Me dan asco. Pero hace como cuatro años cuando llegué a Acapulco, me dijeron que había señores que se acostaban con la chamacada. Yo, al principio, no quise. Luego ves que les regalan cosas y que la banda trae dinero. Entonces dije: "chingue a su madre, le entro". Eso sí: siempre lo he hecho bien drogada. Como que en mi juicio no se me da, hasta me dan ganas de vomitar. La bronca es que luego ni te acuerdas de lo que te hicieron. Yo luego he despertado con dolores en todo el cuerpo y con moretones. Con quienes sí me ha gustado, la verdad, es con las gringas. A ellas sí se los hago como con amor. Había una que me buscaba mucho. Ella me regaló un celular y ropa. Me dijo que quería llevarme a Estados Unidos para que viviera con ella, pero ya nunca volví.

[Norma se levanta, dice que va al baño. Se ve rara, ansiosa, sin saber por qué. Todo empezó porque le pregunté si ese tatuaje mal rayado que dice Faby era en honor a la gringa y ella dijo que no, que Fabiola es una historia que ahora que vuelva va a contar. Regresa y cumple con su palabra.]

Fabiola fue mi novia, pero me hizo como trapeador. Era una cabrona. Decía que me quería y andaba con hombres. Yo le lloré, le dije que mi hijo, ah, porque tengo un hijo de cuatro años que no he visto hace mucho, necesitaba una mamá como ella. Le valió madre. Nomás me engañó. Hasta los papás de ella me querían, decían que algo como yo era lo que Fabiola necesitaba. Ahora la odio y amo a Diana, la chava que hace rato vino acá con su bebé. Diana sabe que ahora que termine de estudiar enfermería voy a cuidar de ella y el bebé. Lo malo de Diana es que todavía actúa como una niña y luego no sé ni lo que quiere.

[Intempestivamente, Norma me pregunta que si ya se puede ir. No puedo obligarla. Al poco rato, la psicóloga llega como un ventarrón con la mala noticia de que Norma se ha enterrado las uñas en la cara y que se la ha pasado quemando las cartas que le escribí a Fabiola. Me siento un imbécil.

Mamá Rosy irá a tranquilizarla y Norma volverá con el rostro sangrante. "No hay bronca, luego me pongo loco", dice con el tono de quien asume toda la culpa sin tenerla. "Ahorita me curo yo, ya me enseñaron en la escuela cómo hacerlo". Lleva medio curso para auxiliar de enfermera. Se lo paga Mamá Rosy. Me dice que ahora que se reciba vaya a su graduación.]

Frente al famoso bar Barbaroja, en la playa Condesa, abordé un taxi en la Costera Miguel Alemán.

¿Tú sabes dónde puedo conseguir morritas?

Ahorita, por la hora, nomás en el Tavares, el Sombrero o en las casas de cita.

Ya son las cinco de la mañana.

Pero tengo gustos raros: quiero niñas, o niños ¿dije mirándole los ojos por el espejo retrovisor. El conductor, como si le hubiera dicho que necesitaba comprar un perro, buscó entre su celular ciertos números de contactos.

Conozco a un cabrón que tiene pura chamaquita. Ya he trabajado con él, es seguro, no te roban y todo es muy discreto. Deja llamarle. Habla con tal desenvoltura que bien podría renegociar el TLC.

Dice que las tiene ocupadas. Es que ya es tarde, el bisne hay que hacerlo a media noche. Búscame al rato, yo llego aquí como desde la tarde.

Aliviado, me bajé en un hotel que no era el más. La cara del taxista, en la duermevela, no me dejó en paz.

Es viernes por la tarde y en Acapulco, el zócalo de Acapulco, hay una cacofonía sostenida. Cuando mis padres me traían yo solo veía boleros libidinosos, indígenas que se la pasaban expulgando a sus hijos, jóvenes que llevaban en sus cabezas cubetas en equilibrios imposibles, perros comiendo basura, al vendedor de globos, una catedral cuya entrada olía a excremento, basura y tamarindo; un puesto de periódicos que sólo vendía malas noticias, la nevera, policías que se la pasaban rascándose la cabeza, un quiosco donde los gringos se tomaban fotografías con las indígenas, como si las mujeres fuesen unos macacos, y una acera de restaurantes donde uno terminaba con diarreas interminables.

Hubiese visto ese mismo zócalo si no fuera porque Mamá Rosy me hizo un croquis de lo que uno nunca ve.

Entonces vi que, en efecto, la banca que está frente al Oxxo es para que se sienten las mujeres que buscan un niño. Unos metros adelante, a la derecha de sur a norte, hay otra banca que rodea un árbol. Esa es para las niñas y los pederastas lo saben muy bien. Quien busca acción con manos infantiles tiene que sentarse donde trabajan los boleros; la mercancía llega sola. En la noche, con sacar el celular y mantenerlo encendido, basta para que los chamacos se ofrezcan. A esas mismas horas, en la catedral, el sacerdote cita a la Biblia y dice ¿dejad que los niños se acerquen a mamá? Ah está la gorda que vende burbujas, metida en unas mallas de lycra, al lado de un tipo cuya cara parece retrato hablado de la PGR. Es la misma a la que tanto las autoridades del DIF municipal como los chicos ubican como madrota. Vi la lonchera Chilacatazo atestada de indígenas, pero no vi a gringos. Supuestamente, ah las indígenas ofrecen a sus hijos a cambio de comida. Vi al viejo en short y zapatos que se la pasa ejercitándose mientras escoge a qué chico llevarse. Los extranjeros, sobre todo estadounidenses, comen en el restaurante El Kiosco. Se la pasan analizando a los chicos como si fuesen catadores expertos.

Ni el mosquero sabía de qué color ponerse por la pena.

---

Alexa, Chucho y El Quemado hunden sus rostros en los platos donde les han servido un vomitivo alambre de carne al pastor. Estamos en una taquería por los rumbos del Malecón Y como hablarán hasta que terminen de comer, solo queda verlos. Sobre todo a Alexa. Es muy delgada. Dicen que no estaba así. Que de un tiempo para acá trae diarreas. Su cabello tiene un color pariente lejano del rubio. Es casi negra. Trae una mochilita rosa donde guarda la lata de PVC. Ella es la menor de los tres: tiene 17 años y una dacha en la calle. El Quemado y Chucho, que ya rebasan los 20, contarán luego que la niña es huérfana y que qué bueno, porque sus padres le pegaban.

¿Entonces quieres saber? la voz de El Quemado repta por las paredes.

Todo lo que quieran contar.

Alexa y Chucho, ya con el estómago medio lleno, se rehúsan a hablar. Pero El Quemado, quien ha perdido todo escrúpulo, resume la vida de ambos:

A Alexa todo mundo se la ha cogido. Y el Chucho ha sido mayate.

¡Mate, gúey reprocha Chucho, un tipo bajito que se cree luchador.

Es la neta, ¿no? Para qué nos hacemos pendejos? Hay que decir las cosas como son.

Pero ya no lo hago con hombres se defiende Chucho.

¿Pero le hicistes, qué no?

Nomás un tiempo, de los ocho a los 14 años.

Alexa se mantiene callada. Nada la hará cambiar de opinión: dejar que El Quemado cuente lo que quiera. No le importa.

Aquí todos hemos sido mayates dice El Quemado. Uno necesita el dinero. Neta que si nos dieran trabajo dejamos esto, pero como que le valemos madre al gobierno. Ve a la Alexa, toda puteada. Ve a saber si está enferma.

La plática se interrumpe porque el mesero nos ha corrido de la taquería. La gente que comía en la otra mesa exige que se largaran los tres pordioseros y el cliente con más dinero manda. Camino a las canchas de la CROC, donde los tres duermen, El Quemado irá contando que ya no tienen tanta ropa desde que un canadiense, al que familiarmente llamé Cris, dejó de ir a Acapulco.

¿I se las regalaba? Era religioso o algo así?

No mames, compa, ese cabrón era un pinche cogelón de morritos. Venía muy seguido al Malecón porque tenía un velero. Ese bato nos daba un chingo de ropa y las drogas que quisieramos por acostón.

¿Y qué fue de él?

Pues mira: el Cris tenía la mamá de pegarles a los morros. Un día, un cuate al que le decimos El Querétaro no se dejó y le puso sus madrazos. Lo mandó al hospital. Ya tiene como un año que el

Cris no se para por aquÃ.

â??Â¿Y quÃ© hay de Alexa? Se ve muy mal.

â??SimÃ³n. Es el sida, esa morra ya tiene sida. Pero uno no le dice para que no se agÃ¼ite.

â??Â¿Y quÃ© hay de tu vida? Â¿Por quÃ© te dicen El Quemado?

â??Porque cuando era morrito me quemÃ© en la casa del Padre Chinchachoma. Se me prendiÃ³ el suÃ©ter por andar de cabrÃ³n. Tengo toda la espalda como chicharrÃ³n.

â??Â¿Y tus padres? Â¿Tienes hermanos? Â¿De dÃ³nde eres?

â??No, no, no. De mÃ¡ no vamos a hablar. AdemÃ¡s, ya te contÃ© mucho y ni un pinche refresco quisistes comprarme.

El Quemado se fue. Chucho se despidiÃ³ con una pirueta de luchador. Y Alexa dijo que odiaba a los reporteros.

Jarocho, con sus pies descalzos y su hedor agrio, llevÃ³ a Allison hasta el auto. La niÃ±a traÃ±a un perfume grosero, el cabello lacio le caÃ±a en los hombros, estaba bronceada, apenas le estaban saliendo los pechos, y usaba sandalias y una pulsera de Hello Kitty.

â??Bueno, yo los dejo â??dijo Jarocho con sus 100 pesos en la mano por haber sido el intermediario y a mÃ¡ me dio la desesperaciÃ³n.

Allison iba triste o asustada. No avancÃ© mucho. Me estacionÃ© por la Playa Tamarindos. Estaba por decirle que solo platicarÃ¡amos, y nada mÃ¡s, cuando una camioneta me echÃ³ las luces. PensÃ© que era la policÃ¡a. Me imaginÃ© en las mazmorras y en la contraportada de La Prensa. Pero no, era algo peor: una Lobo blanca doble cabina con vidrios polarizados.

â??Es el que nos cuida â??dijo Allison y yo volviÃ a experimentar uno de esos momentos cuando el mundo parece detenerse.

â??Â¿Y por quÃ© nos sigue?

â??Porque quiere ver en quÃ© hotel voy a entrar.

EmpecÃ© a sudar y me sentÃ pegajoso. Lo Ãºnico que se me ocurriÃ³ fue acelerar. Tan preocupado iba que pasÃ© los semÃ¡foros en rojo. Entonces ahÃ sÃ me detuvo la policÃ¡a. BajÃ© del auto y, entre murmullos, les tuve que decir que era reportero y que la niÃ±a era parte de la historia. Uno de ellos, el de mandÃbulas potentes, le echÃ³ la luz a Allison y ella sonriÃ³ de tal manera que en ese momento hubiese podido venderle cocaÃ±a a cualquier cÃ¡rtel. â??Pues si ya le pagaste, cÃ³getelaâ?•, dijo el oficial y yo quise romperle la cara. â??Sale, te vamos a dar el servicioâ?•, dijo el otro con su diente de oro como Pedro Navajas. AhÃ reparÃ© que la Lobo blanca doble cabina no estaba. Llegamos al estacionamiento del hotel. Cuando Allison, que en realidad se llamaba Gregoria, intentÃ³ bajarse del auto para entrar al local, la parÃ©:

â??Solo me interesa que me cuenten historias.

Allison arrojó un gesto de incredulidad.

  Primero p game los 300 pesos y pon una canción de Belanova.

  No tengo ninguna de ella.   No te gusta U2?

  Pon lo que quieras, pero menos en inglés. Es que me gusta cantar, eso quiero ser de grande: cantante. Caifanes se escuch  en las bocinas y ella ech  a perder la canción.

Entonces Allison tom  la palabra:

  Vengo de por all  de Zihuatanejo, all  tengo un novio europeo que luego viene a visitarme ac . Me trata bien. Me compra lo que yo quiera.   l me regaló un celular rosita. Nada más que el que nos cuida me lo quitó, dijo que eso no es para mujeres de mi edad.   Esto quieres que te cuente o algo más cachondo?

  As  est  bien.

  Eres bien raro   y le dio una bocanada violenta al cigarro  . Bueno: pues a mi papá lo mataron y mi mamá est  en la cárcel. Creo que se rob  algo, no s  bien. Y como all  mis tíos me pegaban, pues mejor me vine para acá. Nom s termin  la primaria. Me gusta el color rojo y casi a diario el que nos cuida nos regala piedra. Esa soy yo.

    Y vives en una casa, rentas un hotel?

  Ahora me quedo en la casa del que nos cuida. Somos como siete y dos chamacos que se la pasan fregando.

    Y pueden salir solas?

  Depende.

    De?

  Depende.

    Y a quién prefieres: gringos, canadienses o mexicanos?

  Depende. Me gustan los que tienen dinero. Una vez un gringo me llev  a Canc n como un mes. All  est  muy bonito, no s  si conozcas. Aquí, una pareja me llev  una semana a su casa, nom s para estar con ellos, dormirme en medio de los dos y nadar sin ropa. No s  si lo sepas, pero cada cliente es distinto   lo dijo como si hubiese descubierto la rueda.

    Qu  es lo mejor y lo peor que te ha pasado en este negocio?

  Lo mejor es conocer gente de todos lados y que además de pagarte te regalan ropa o piedra.   Lo peor? Cuando nos pega el que nos cuida.

    Les pega mucho?

¿Nomás cuando anda drogado. En su juicio es muy bueno. ¿Cómo te diría? Es cariñoso.

Jarocho me había dicho que no me excediera de la hora para no tener problemas y que dejara a Allison a un lado del bar Barbaroja, que ahí alguien la recogerá. El plazo estaba por cumplirse. Se fue cuando Los Caifanes decían algo así como que ¿no dejáramos que nos comiera el diablo? Cuando amanecí me largué de Acapulco, odiándolo.

**Fecha de creación**

2010/08/19

*armando.info*